

CULTURA

Enric Ruiz-Geli deconstruirá El Bulli para convertirlo en un campus 'verde'

Ferran Adrià escoge al arquitecto para que transforme su restaurante en un centro de investigación 100% sostenible

VANESSA GRAELL / Barcelona

Una arquitectura de partículas para el nuevo Bulli. Si Ferran Adrià (L'Hospitalet, 1962) es el chef de la deconstrucción culinaria, su *partner* en el mundo arquitectónico es Enric Ruiz-Geli (Figueras, 1968). Cuando Adrià anunció que El Bulli cerraría sus puertas en 2012, la noticia causó una auténtica conmoción. Pero El Bulli no cierra. Sólo se transforma. Y Ruiz-Geli será el arquitecto que, en 2014, convertirá el mítico restaurante en un laboratorio, el centro de investigación gastronómica que pide la cocina de Adrià. «A mí me toca ser el constructor de la visión de Ferran», reconoce el autor del futuro acuario de Nueva York y abanderado de la arquitectura verde.

«Igual que Ferran deconstruye para inventar nuevos platos, con la arquitectura buscamos el mundo de las partículas, huyendo de esa cultura predominante de los objetos y las carpetas», señala Ruiz-Geli. Después de efectuar una ronda de consultas con dis-

tintos arquitectos, Adrià se decidió por Cloud 9, el estudio de Ruiz-Geli, que lleva meses escaneando en 3-D el entorno de El Bulli: desde el propio edificio a las rocas, la arena, los árboles o el mar que lo rodean. El buque insignia de Ferran Adrià está situado en un paraje privilegiado, en cala Montjoi, en pleno parque natural del Cap de Creus, un paisaje que Ruiz-Geli, hijo del Empordà, conoce bien.

«La arquitectura es la primera causa del cambio climático, la culpable de vertir un 40% de CO2. Pero también puede ser la solución al cambio climático. El nuevo Bulli no será un edificio sino un campus. Cada vez hay más edificios de emisiones zero. Además de la cocina de vanguardia de Ferran, El Bulli liderará un nuevo modelo de energía», sostiene Ruiz-Geli, que remodelará el edificio actual de El Bulli y añadirá nuevos pavellones. Todo absolutamente sostenible: una *power plant* autosuficiente, que producirá la energía que necesi-

ta. «Será un *smart grid* (red inteligente) no contaminante que tendrá en cuenta la biosfera: el viento, iesa tramuntana!, la insolación, la salinidad del aire, la fotosíntesis de las plantas...», explica el arquitecto. Aunque aún es pronto para dar detalles, el proyecto será de lo más ambicioso y,

«El Bulli liderará un nuevo modelo de energía», sostiene Enric Ruiz-Geli

como las anteriores construcciones de Ruiz Geli, seguro que generará nuevas patentes de conocimiento (con Villa Nurbs, su particular manifiesto arquitectónico en Empuriabrava, creó hasta siete patentes).

La conexión entre chef y arquitecto se resume en la metáfora del nitrógeno: en 2004, Adrià

consolidó el nitrógeno en la cocina mientras Ruiz-Geli lo usaba para construir la fachada del edificio MediaTIC. «Los dos entendemos la arquitectura y la cocina como ciencias. Su cocina es *tecnocional* y nuestra arquitectura *tecnocional*. Con sus platos, Ferran busca la emoción, la inspiración, y nosotros buscamos que la conciencia entre en empatía con el planeta», admite Ruiz-Geli, cuya arquitectura se define a menudo como *performativa*.

El arquitecto, heredero del espíritu modernista, se inspira en la propia naturaleza para diseñar esas formas ondulantes y orgánicas que parecen de ciencia ficción y a las que dota de sensores y demás tecnología para hacerlas inteligentes. Lo hace en todas sus construcciones. Y con El Bulli pretende superarse. El 25 de enero de 2011, en el marco de Madrid Fusión, chef y arquitecto darán a conocer el proyecto del nuevo Bulli, que estará más cerca de ser ese laboratorio creativo al que aspira Adrià.



El chef Ferran Adrià y el arquitecto Enric Ruiz-Geli en cala Montjoi. A la derecha, su imagen escaneada y descompuesta en partículas. / EL MUNDO

Un volumen reúne textos autobiográficos de García Lorca

LAURA FERNÁNDEZ / Barcelona

Federico García Lorca tenía 17 años cuando escribió *Mi pueblo*, emotivo y punzante texto iniciático dedicado a la vida en Fuente Vaqueros. Un texto hasta ahora oculto en su voluminosa obra completa y sólo conocido por apasionados del poeta. La editorial Barril & Barril lo rescata y lo edita en su propio volumen, junto a otros textos autobiográficos con un único eje: su pueblo.

«En esos textos está el origen de muchas de sus obsesiones: las diferencias sociales, la relación con la tierra y la gente del campo (Lorca, como Miguel Hernández, fue un poeta de pueblo, no de ciudad), el amor imposible (encarnado por una chica, el primer amor infantil, a la que llama 'mi amiguita rubia') y la conciencia de ser diferente, lo que luego le llevaría a tratar el tema de los gitanos en *Romancero gitano* y el de los negros en *Poeta en Nueva York*», explica el periodista Víctor Fernández, autor de la antología.

En el apéndice se ha incluido una carta que le enviaron en enero de 1936 los vecinos de Fuente Vaqueros. Por entonces Lorca residía en Madrid. «Estaban orgullosos de él», dice Fernández, que considera *Mi pueblo* «una de las piedras angulares» de la primera obra del poeta, «el origen de todo». Sin duda, «es la principal prosa de sus años de formación».

«En esos primeros años probó todos los estilos y géneros literarios hasta encontrar su propia voz», añade el periodista, que recuerda que por la época en la que escribió *Mi pueblo* (corría el año 1916), Lorca «aún dudaba entre la literatura y la música, pero la muerte de su maestro de piano, Antonio Segura Mesa, y sus viajes con el profesor Martín Domínguez, de la Universidad de Granada, le hicieron decantarse por las letras».

En cualquier caso, *Mi pueblo* y otros textos *vegueros* no habría sido posible sin la colaboración de los herederos del poeta, «sin su generosidad», como dice Fernández; «nos dieron libertad total para publicar», asegura el periodista. La editorial Barril & Barril también tiene previsto editar un epistolario más adelante.

El realismo de Courbet se enfrentará a Tàpies y a Velázquez en el Mnac

Robert Capa vuelve al museo con 'La maleta mexicana'

V. G. / Barcelona

La seña de identidad del Museu Nacional d'Art de Catalunya (Mnac), su magnífica colección de arte románico, está temporalmente fuera de servicio. El pasado 15 de noviembre las salas de Románico cerraron para someterse a una remodelación que se alargará hasta el próximo verano. Ayer el ala de románico olía a pintura y parecía haber sobrevivido a un ataque nuclear, con los plásticos cubriendo los ábsides de las iglesias pirenaicas (son inamovibles debido a su fragilidad) y esa cinta negra y amarilla que se usa en situaciones de cuarentena. No es que los retablos tengan que protegerse de una hipotética plaga zombi o un ataque de ántrax, pero sí tienen que precintarse herméticamente para que el polvo de las obras no les afecte.

En las salas insólitamente vacías, la subdirectora del museo, Cristina Mendoza, quiso matizar el informe de la Sindicatura de Comptes que alertaba de que el museo tiene 299 piezas pendientes de localizar: «Sí, es cierto que tenemos obras no localizadas. Esto puede dar una im-



'Retrato del artista (el desesperado)', de Courbet. / EL MUNDO

presión de desbarajuste que sería muy inexacta. Con un fondo de 200.000 obras, la ubicación no siempre está al día. Además, algunas desaparecieron durante la Guerra Civil por los constantes traslados, avatares y aventuras que ha vi-

vido el museo desde que se creó». La directora Maite Ocaña quitó hierro al asunto: «Todos los grandes museos tienen obras pendientes de localizar, empezando por el Louvre». Mientras los maestros románicos están de vacaciones (60 obras

vizarán a Madrid de febrero a mayo de 2011 para verse en la Fundación Mapfre), el Mnac ya piensa en las exposiciones temporales del próximo año. Aunque hay una política de contención (por segundo año consecutivo, el presupuesto se reducirá alrededor de un 20%), en primavera Gustave Courbet será el invitado de honor del museo con 18 de sus obras más emblemáticas. La muestra *Realisme(s). L'empremta* de Courbet no sólo pondrá en relación a los pintores realistas catalanes —liderados por Martí i Alsina— sino que incidirá en la influencia que el genio francés ejerció sobre ellos. «Tratamos el realismo pero no acabamos en el siglo XIX, sino que miramos hacia atrás pero también adelante», señala Ocaña.

Con préstamos excepcionales de la National Gallery, el Prado o el Musée d'Orsay, la exposición arranca en el siglo XVII —con Velázquez, Murillo y la *troupe dorada*— para cerrarse de la mano de Antoni Tàpies y sus lienzos realistas. En otoño, Robert Capa volverá al museo (hace dos años protagonizó una extensa exposición con su compañera Gerda Taró) con *La maleta mexicana*, una muestra de los negativos de la Guerra Civil que se dieron por perdidos durante lustros hasta que aparecieron en 1995. Actualmente, esta exposición puede visitarse en el International Center of Photography de Nueva York.